

CAPITULO XVI.

Diplomacia en alta mar.



No bien habia partido Colon, cuando se presentó á Diego de Arana Alonso Velez de Mendoza.
—¿Como es eso? exclamó el jefe de la Colonia, ¿dónde habeis estado? Os han buscado por todas partes sin hallaros.

—¡Ay! si supierais lo que me ha sucedido....

—Hablad, hablad.

—De todos modos, puesto que ya ha partido el almirante, supongo que me admitirais en vuestra compañía.

—No hay otro remedio; pero decidnos cual ha sido la causa de vuestra ausencia.

—Os lo confesaré ingenuamente, dijo Velez; como era uno de los designados para volver á España, no quise irme sin llevar algo más que mis compañeros, y como ya voy entendiendo algo la jerga de esta gente, indiqué á varios indios que me guiasen hácia el Cibao con el objeto de acercarme á las minas de oro y ver si podia llevarme ese metal en más cantidad que mis camaradas.

Comprenderonme, y en efecto, por medio de bosques que eran atajos sin duda, me llevaron al pié de una montaña muy elevada, en donde habia una especie de caverna.

No habiamos hecho más que llegar cuando se acercó á nosotros uno de los caciques á quienes ya hemos visto muchas veces por acá.

Hablaron con él los indios, y quiso agasajarme. Me llevó á su morada, me obsequió y despues me acompañó hasta las minas, que es lo mejor que hay que ver en esta tierra.

Manifesté à los indios que me llevaban deseo de volver á reunirme con los míos, y comprendí por las palabras que pronunciaron que no querian que me fuese sin obsequiarme más.

No habia yo olvidado el camino, y temeroso por una parte que al verme solo me maltrataran, y por otra deseoso de volver cuanto ántes á la carabela por si llegaba la hora de partir, aproveché un momento y me puse en marcha.

Me habia hecho la ilusion de que conocia el camino, y no lo conocia.

No habia andado cien pasos cuando me ví perdido y quise aguardar á que amaneciera bajo la sombra de un árbol de anchas ramas.

Sentéme al pié del tronco y empecé á experimentar una sensacion agradable.

El aroma que respiraba me embriagaba por momentos.

Sentí una pesadez inmensa; poco á poco notaba que me iba ahogando; queria apartarme de allí y no podia; una fuerza superior me obligaba á dormir, pero á dormir un sueño doloroso.

Por fortuna mia, los de la tribu del cacique que habian salido á buscarme me encontraron, y apartándome precipitadamente de debajo del árbol me hicieron respirar un aire puro.

Cuando volví en mí habia ya pasado mucho tiempo, y al preguntar á los indios qué me habia pasado, me mostraron á alguna distancia un árbol, indicándome que envenenaba á los que se guarecian bajo su sombra.

Era un manzanillero.

Acompañaronme de nuevo á la morada del cacique, y hasta hace poco no me han dejado volver. Pero si bien es cierto

que he faltado á mis deberes, he tenido ocasion de ver las minas, y no lo dudeis, señor Arana, mi presencia aquí será mucho más ventajosa que á bordo de la carabela.

—Sea en buen hora; aquí compartireis con nosotros las venturas y las desventuras.

Y á su vez los colonos españoles le refirieron la enfermedad de Guacanajari.

Algunos dias despues de este suceso, el rey con su corte fué á visitar al capitan de la fortaleza.

Alonso Velez, que le observaba, notó que el rey deseaba penetrar á toda costa en el castillo de madera, y una vez allí que buscaba algo con escudriñadora mirada.

De pronto se iluminaron sus ojos.

Habia visto la imàgen de la Virgen.

Cayó de rodillas y permanecié mucho tiempo contemplándola.

—¡Gran ocasion para hacerme de oro! se dijo Alonso Velez.

Guacanajari repitió sus visitas y Velez se atrevió un dia á ir solo á su morada.

Allí con las palabras indias que habia aprendido y con el gesto y con la accion le dió á entender que, si lo deseaba, le entregaria la imàgen que tanto fervor le inspiraba, siempre que le diese una gruesa cantidad de oro.

Pero al mismo tiempo le pidió el mayor sigilo.

Guacanajari experimentó una inmensa alegría.

Poseer aquel objeto, ser dueño de él, tenerle á su lado oculto de las miradas de todo el mundo, le parecia la más suprema felicidad de la tierra.

—Pídemelo todo lo que quieras, dijo Alonso Velez.

—Oro, mucho oro, contestó el español.

El rey dispuso que llevaran de palacio grandes cantidades de aquel metal, y para demostrar á Alonso Velez que esta-

ba dispuesto á satisfacer sus deseos, ántes que él le cumpliera la palabra que le habia dado, le entregó con el mayor secreto aquel metal.

Solos los dos, cavó el español un gran hoyo, al pié de uno de los tamarindos de los alrededores de palacio, y enterró en él el tesoro que acababa de darle Guacanajari.

—Todos los dias, le dijo, vendré para ir llevándome poco á poco parte de estas riquezas.

Así lo hizo; y á su vez, cuando le tocaba de guardia por la noche, bajaba hasta la playa y enterraba allí el oro que se iba llevando del palacio de Guacanajari.

Pero no cumplió su promesa, y el rey esperaba con ansia tener en su poder la imàgen de la Virgen.

Alonso Velez le indicaba que tenia que luchar con grandes dificultades para arrebatársela á sus compañeros, y de esta manera daba treguas á la ansiedad del soberano.

Entre tanto Colon, á bordo de la *Niña*, despues de haberla sacado á remolque para librarla de los escollos de que estaba rodeada, siguió el rumbo del Oriente hácia un alto promontorio poblado de árboles y hierbas, que parecia desde lejos una isla unida solo á la Española por una garganta de tierra.

Bautizóla Colon con el nombre de Monte-Cristi, nombre que todavía conserva.

El viento dejó de serle favorable, y tuvo que permanecer cuarenta y ocho horas en una bahía al Occidente del promontorio.

Aprovechóse una buena racha, dobló el cabo, y algunos minutos despues un marinero que estaba de guardia anunció que descubria á lo lejos á la *Pinta*.

Esta nueva inundó de alegría á todos los que iban á bordo de la *Niña*.

El buque que mandaba Martin Alonso Pinzon, empujado por un viento muy vivo, se encaminó directamente hácia la bahía de Monte-Cristi, adonde Colon se habia refugiado aguardando tiempos mejores para proseguir el viaje.

Apénas oyó el almirante la noticia del marinero, subió á cubierta para convencerse de que no se engañaba.

Su exploracion le dió por resultado la seguridad de que iba á verse cara á cara con Martin Alonso Pinzon.

Como habia tenido tanto cuidado de ocultar á sus compañeros la idea que tenia de aquella desercion; como en vez de acriminarle le habia compadecido creyéndole perdido en el mar, por más que la indignacion estallase en su alma, necesitaba ocultar á Pinzon los verdaderos sentimientos que le inspiraba, y limitarse á aceptar sus excusas y á mostrarse contento de su reaparicion.

El capitan de la *Pinta* por su parte, al descubrir á la *Niña*, dirigió sus miradas por el vasto Océano para ver si divisaba al navío almirante.

No descubriéndola creyó que estaria léjos, y como su hermano mandaba la *Niña*, no tuvo inconveniente en acercarse á la carabela para saber qué es lo que habia pasado á Colon.

El ilustre marino genovés adivinó este pensamiento de su falso amigo, y tuvo buen cuidado de ocultarse á su vista.

A corta distancia una de otra se hallaban ya las dos carabelas, y los tripulantes se saludaban con inmensa gritería y anhelaban por instantes acercarse unos á otros.

Alonso Pinzon mandó echar al agua el bote y en él se trasladó á la *Niña*.

Como todos le saludaban con júbilo y consideraban como un milagro verle sano y salvo, presumió desde luego que habian atribuido más que á cálculo á un contratiempo su ausencia, y encontró ya la excusa que podria dar en aquellas circunstancias difíciles para él.

Pero no bien estuvo á bordo de la *Niña*, cuando, con gran sorpresa suya, acercándose Colon y estrechando su mano:

—Bien venido seais, amigo mio, ¡gracias á Dios que os vuelve con vida á nuestro lado!

Y no dándole tiempo para que hablara delante de los marineros, que le observaban con curiosidad:

—Venid, venid conmigo á referirme lo que os ha pasado. Y le llevó á su camarote, quedando entrambos solos.

—No podeis imaginaros, amigo mio, le dijo ocultando el resentimiento que tenia hacia él, la pena que he experimentado creyéndos víctima de las tempestades, porque no ha cruzado un solo instante por mi imaginacion la idea de que vuestra ausencia haya sido una desercion.

Pronunció éstas palabras de tal manera, que Pinzon comprendió desde luego hasta qué punto le ocultaba la verdadera opinion que tenia de su fuga.

Pero aunque su natural energía le puso á punto de confesar la verdad y de decir á Colon que los motivos que habia tenido para separarse de él eran los de haber creído más acertado su plan que el suyo, al alzar sus ojos para fijarlos en los del almirante renunció á la altanería y optó por la humildad.

—Habeis hecho muy bien de no pensar semejante cosa de mí, le dijo.

—¿Pero á Dios gracias no fué ninguna avería causa de la separacion de vuestra carabela de las nuestras?

—De una avería, no; de una torpeza del timonel de guardia, sí.

—¿No visteis la señal que mandé poner en el palo mayor de la *Santa María* anunciándoos que vinierais á reuniros conmigo?

—No por cierto; y esta es la torpeza de que acuso á uno de mis más leales servidores y de que me acuso á mí propio.

Sabeis cuán velera es la *Pinta*. Habíamos llegado á una altura en la que el viento nos era más favorable que á las otras dos carabelas. Quise quedarme á la capa aguardando á que la *Santa María* y la *Niña* se acercaran, pero el viento me empujaba.

La noche era oscura.

Pregunté al timonel si habia visto alguna señal en el navío almirante, me aseguró que no y continué marchando con la esperanza de que al dia siguiente, al amanecer, podriamos vernos. No fué así.

En vano dirigí á todas partes miradas investigadoras.

Solo veia en torno mio la inmensidad del Océano, pero las carabelas no.

En aquella situacion creí lo mismo que vos habeis pensado de mí; creí que habiais sufrido algun contratiempo y mi único anhelo desde entónces fué buscaros. Pero doy gracias al cielo tambien, porque si grande ha sido vuestra alegría al ver de léjos mi carabela, no menor ha sido la mia al descubrir la *Pinta*. Pero permitidme que me extrañe, añadió Pinzon; no he visto la *Santa María*.

—La *Santa María*, dijo Colon, despues de haberse deshecho en un banco de arena, se ha convertido en una fortaleza en donde algunos de nuestros compañeros esperan nuestro regreso de España. Porque habeis de saber que he descubierto un verdadero manantial de riquezas, un territorio donde solo he hallado amigos, corazones generosos y donde hay oro y productos suficientes para justificar nuestra expedicion y demostrar á los reyes que con nuestro viaje han ganado mucho. Y os digo esto porque, habiendo sido vos quien ha facilitado la expedicion con algunos recursos, ya que no la

parte de gloria, que no os alcanza, al ménos que os satisfaga la parte de ganancia.

No agradaron mucho á Pinzon estas palabras del almirante.

Pero los dos necesitaban guardarse ciertas consideraciones por las circunstancias especiales en que se hallaban, y su conversacion en lo sucesivo no fué expansiva, sino cariñosa y como de dos hombres que se odian, pero que estan ligados por vínculos que al romperse pueden hacer daño á los dos.

Habló Colon al capitán de la *Pinta* de todos los pormenores de su estancia en Haiti, y éste á su vez, no queriendo ser ménos, le refirió en estos términos lo que habia visto y encontrado durante los dias de su ausencia.

—Impulsado hácia el Oriente, dijo, despues de perder mucho tiempo visitando unas cuantas islas de poca importancia, los indios que llevaba á bordo me guiaron á la Española y allí pasé tres semanas.

Logré reunir una buena cantidad de oro y en todas partes preguntaba por vos; pero nadie os habia visto, nadie tenia noticias de vos. Y con el alma entristecida continuaba buscándoos, resuelto, si no os hallaba en algun tiempo, á volver á España para anunciar los merecimientos de que os habeis hecho digno, y ofrecer á los reyes, en vuestro nombre el oro que llevo, los productos y los indios que tengo á bordo de mi carabela.

En todo esto habia alguna verdad.

Habia permanecido en la Española, y en aquella isla habia reunido una gran cantidad de oro.

Pero habia llegado á su noticia, aunque de una manera inconexa, algo del naufragio de la *Santa María*, y persuadido de que Colon habia perecido, la crecida cantidad de oro que llevaba á bordo no era para los reyes, como habia dicho.

La mitad de aquel precioso metal lo habia destinado para

él como capitán, y la otra mitad la había dividido entre los marineros para asegurar su felicidad y comprar su silencio.

Al trasladarse desde la *Niña* á la *Pinta* manifestó á los suyos los descubrimientos que había hecho Colon y lo mucho que les importaba que continuara en la creencia de que no había sido intencionada su separación; les manifestó lo conveniente que sería para todos renunciar á una parte de los productos que llevaban para entregarlos al almirante, guardando el resto de tal manera que no pudiera descubrirse.

Aunque con gran pesar, y en la dura alternativa de tener que rebelarse y vivir condenados á no regresar á España, ó de guardar todo el oro que se habían repartido, optaron por seguir el consejo de Pinzon.

Este acariciaba todavía la esperanza de que por cualquier circunstancia imprevista podría deshacerse del almirante, y ya que no todo el provecho, alcánzaria toda la honra de la expedición.

Viendo Colon que podía contar con dos carabelas, tuvo grandes deseos de explorar todas las costas de Haití; pero poco seguro de los Pinzones y temeroso de que Martín Alonso volviera á desertar, determinó seguir su viaje á España, dejando para mejor ocasión la realización de sus proyectos.

Dió orden á los marineros para que fueran á buscar leña y agua al río Yaqui, al que llamó río de Oro, porque encontró en sus arenas muchas partículas de este metal.

Que era un tanto visionario el ilustre genovés, lo prueba lo que dice en su diario acerca de haber hallado en aquel río y á flor de agua nada ménos que tres sirenas.

En la tarde del 9 de Enero se pusieron en marcha las embarcaciones, y al día siguiente llegaron al río donde Colon había comerciado, río que desde entónces se llama de Martín Alonso.

El viento era favorable; siguieron costeano la isla hasta llegar al promontorio llamado entónces Cabo del Enamorado, y desde allí descubrió un golfo de tres leguas de ancho que se extendía tanto hácia el interior de la tierra, que parecía un brazo de mar, para separar á Haití de otros territorios.

Desembarcaron en la costa, y observaron que los indígenas no eran tan francos ni tan bondadosos como los demás indios que habían visto.

De rostro siniestro, de aspecto belicoso, embadurnados con gran prolijidad, llevaban los cabellos largos y atados por la espalda, adornados con plumas de papagayo y de otros pájaros.

Poseían arcos, flechas, y una especie de espadas formidables.

Las flechas eran de delgados juncos con puntas de hacana ó espinas de pescado.

Las espadas eran de madera de palma, anchas y pesadas como el hierro.

A pesar de su aspecto belicoso, al acercarse á ellos los españoles, no solo no les atacaron, sino que les brindaron con arcos y flechas, y hasta uno de ellos aceptó la invitación del almirante de pasar á la carabela.

Tomáronlos todos los españoles por los caribes á quienes tanto temían los de la isla de Haití, y al dirigir Colon algunas preguntas al indio para que satisficiera sus dudas:

--Los caribes, le dijo éste en su idioma, están más hácia el Oriente. De allí vienen de cuando en cuando á asolar nuestros campos, á clavar sus flechas en nuestro corazón, pero nosotros estamos aquí para defendernos y defender á nuestros hermanos de isla.

Preguntando Colon estos pormenores acerca de los caribes, le hablaron de una isla llamada Matinino, isla poblada solo de mujeres, las cuales, según lo que de aquellas gentes se

contaba, solo una vez al año recibian á los caribes, viviendo antes y despues de aquel día lèjos de sus esposos.

Al partir, los caribes se llevaban los varones que habian nacido durante su ausencia, y solo dejaban las hembras.

Esto no era ni más ni ménos que el temor de los indios de Haiti, pintándolos más feroces y terribles de lo que eran los caribes, puesto que creían que podian vivir sin la compañía de las mujeres, que tanto endulzan el carácter de los hombres.

Obsequiaron en la carabela al guerrero indio y le hicieron varios regalos, y luego le dejaron partir, llevándole los marineros en un bote hasta la playa.

Los salvajes aguardaban con actitud amenazadora à los europeos.

Pero á la primera palabra del indio que iba en su compañía, arrojaron las armas y se adelantaron á recibirlos.

Compráronles los españoles algunas armas, que Colon queria llevar á España como objetos curiosos, y despues de habérselas entregado, arrepentidos sin duda de abandonar sus armas, trataron de arrebatárselas de pronto, y cayendo sobre ellos intentaron aprisionarlos.

Pero los marineros, que iban prevenidos, empuñaron las dagas y las espadas, dispararon los arcabuces y dispersaron á los indios, dejando á dos heridos.

Ebrios de gozo con este triunfo, querian los españoles seguir persiguiéndolos; pero el piloto que mandaba el bote los contuvo.

Aquella fué la primera sangre que derramaron los españoles en el Nuevo Mundo.

Mucho sintió Colon aquel suceso, porque destruía por completo las buenas relaciones que tenia con los indios, y temia que éstos á su vez se vengasen en aquellos de sus compañeros que dejaba en la fortaleza de la Navidad.

CAPITULO XVII.

Indignacion de los indios.



A noticia de esta escaramuza no tardó en circular por la isla, llegando á oídos de Guacanajari.

Era el anochecer.

A lo lèjos resonó el estampido de los arcabuces, y como fué repetido aquel estrépito por los ecos hasta llevarle á oídos de Guacanajari, el soberano creyó que la tempestad se desencadenaba.

Levantó los ojos al cielo y le vió sereno.

Poco despues un confuso rumor alteró de nuevo su tranquilidad.

Gran número de guerreros descendian por las montañas y las inmensas llanuras de los dominios de Guacanajari.

No tardó en verse la llanura poblada de caciques armados todos de flechas, y entre ellos al rey de los ciguayanos, mandados por Caonabo y su capitan Umatex.

Los jefes se acercaron á Guacanajari.

Caonabo iba delante de ellos.

—¿Qué es lo que pasa? preguntó Guacanajari con ansiedad al descubrir en el rostro del guerrero las señales de la ira.

— Rey Guacanajari, exclamó el cacique, el extranjero que, gracias á tu debilidad, ha hollado nuestro territorio, acaba de derramar la sangre de nuestros hermanos en Samaná; se ha apoderado del oro de mis minas y hasta de las arenas del